

SUMARIO

Terro: De todo un poco, por Luis Taboada. — La hora en punto, por Félix Llamandoux. — Frase hecha, por Enrique Jiménez de Quesada. — Los pájaros feitos, por J. Martínez Ruiz. — Verso y prosa, por Antonio Montalbán. — El ideal, por Florio. — La Lunaritas, por Alberto Lozano, ilustración de Sancha. — Apuntes, por Eustaquio Cabezon. — Según y conforme, por Juan Pérez Zúñiga. — Pallina, por Clara. — Blanco y Negro. — Correspondencia particular. — Anuncios.

Grandes: Luis Peris, caricatura de Santana Bonilla. — La mujer: En Oriente por Far; En Occidente, por Navarrete. — En el Real, por Santana Bonilla. — «In fraganti», por Medina Vera.



De Todo un Poco

No hemos vuelto a saber nada de los marinos americanos que han venido a hacernos una visita desde Barcelona.

Probablemente, alguno de ellos estará a estas horas en la cama, sufriendo las consecuencias de los homenajes que les hemos tributado con prodigalidad fatigante y abrumadora.

Cuando se fueron de aquí, iban pálidos, ojerosos, con el pulso débil y los ojos apagados.

—¡Abur, buen viaje! — les decían los que fueron a despedirles a la estación; y ellos, rendidos por los obsequios y sin fuerzas para alargar la mano, contestaban con voz tenue:

—A... bur... y mu... chí... si... mas ¡ay! gra... cias.

Después, ya solos en el vagón, los desgraciados marinos se miraron con cierto júbilo, como diciendo:

—¡Por fin!... Si esto dura un día más, se queda sin comandante el *Presidente Sarmiento*.

—¡Y sin teniente!

—¡Y sin doctor!

—¡Y sin tres oficiales!

Buena es que se estrechen los lazos entre dos naciones, se fortalecan los vínculos y se reanuden los afectos; no está demás tampoco que arda el amor en los corazones de argentinos e hispanos; pero no turbemos la digestión de nuestros huéspedes ni les ocasionemos cólicos peligrosos.

Eso de meternos en su casa a las nueve de la mañana para llevarles a ver un museo y después darles un banquete y luego conducirlos a otro museo y en seguida a una recepción e inmediatamente después a un nuevo banquete y acto continuo al teatro y más tarde a una velada; eso es cruel, muy cruel; tanto, que los ilustres viajeros se apoyaban en las paredes y se llevaban las manos al estómago y lanzaban ayes doloridos, pidiendo a Dios que terminasen de una vez tantos obsequios y se les dejase volver a bordo para poder descansar y dormir a su gusto.

Aquí puede decirse que no han podido pegar ojo; y era tal su excitación nerviosa y su temor a los homenajes, que cuando iban a coger el sueño acudía a su mente la imagen de una comisión ibero-americana, ó municipal, ó periodística, e incorporándose en el lecho gritaban:

—Si, sí, vamos a vestirnos inmediatamente... Tengan ustedes la bondad de esperar un ratito.

Por la mañana, cuando el camarero de la fonda iba a llevarles el desayuno, los asendereados huéspedes abrian los ojos espantados y preguntaban con acento dolorido:

—¿A qué hora empiezan hoy los obsequios? ¿Han venido a buscarlos ya?

Por no tener, ni aún tenían tiempo para afeitarse ni para comprar fósforos y había uno que tenía aquí una tia segunda a quien deseaba visitar y se contentó con verla desde el balcón de la fonda mientras se ponía el uniforme.

—¡Hola, tia? — le dijo desde el balcón. — ¿Cómo está usted?

—¡Bien y tú?

—Yo, bueno, gracias.

—¿No puedo subir?

—No, señora, porque tengo el cuarto lleno de individuos de la comisión ibero americana.

—¿Quisiera abrazarte?

—Yo también, pero tenemos que reprimirnos.

—¡Qué triste es verse obligada a ahogar las expansiones de la familia!

—Eso digo yo... Vaya, abur, tia.

—Abur, sobrino.

El gobernador de Madrid, interesándose muchísimo por la salvación del alma de los ilustres huéspedes, les ofreció un almuerzo de vigilia, porque siempre es bueno hermanar lo humano con lo divino y viceversa.

Para que la vigilia tuviese todo el carácter esencialmente católico-español, que nos distingue del resto de la humanidad, no faltó en el almuerzo el consabido potaje de garbanzos y espinacas, verdadero confortador del alma y llave divina que abre las puertas del paraíso. Es plato flatulento, pero serafico a la vez y hace en el espíritu el efecto de una cataplasma piadosa que ablanda el tumor de nuestros pecados.

Antes de dar principio el almuerzo, el anfitrión recó una cosita breve y a los postres hubo también su misa de oración; de modo que los marinos, si bien fatigados por la enorme cantidad de obsequios, se llevaron de casa del gobernador varias indulgencias, con las que ciertamente no habían contado al emprender su viaje y decían para sí:

—Puede que el almuerzo nos haga daño, porque la vigilia, aun siendo de lujo, produce en el estómago ciertas perturbaciones; pero ¿y lo que ha ganado el alma? ¿Es moco de pavo?

No se puede negar que el viaje de los marinos y las manifestaciones simpáticas de que han sido objeto, han de producir ópimos frutos.

Ahora más que nunca conviene que desarrollemos nuestras relaciones mercantiles y que contemos con la amistad sincera de los que hablan nuestro idioma y llevan en sus venas nuestra propia sangre.

La fraternidad de los pueblos es una hermosa aspiración que todos sentimos. Fraternicemos, pues; unámonos en un pensamiento común; casémonos, si á mano viene, argentinos y españolas; argentinas y españoles...

Y firmemos un tratadito de propiedad intelectual para ver si podemos cobrar nuestros trabajos los que vivimos de la pluma, evitando el propio tiempo que se representen obras teatrales en la Argentina sin pago de derechos y se hagan ediciones de libros sin que se le diga al autor:

¡Por ahí te pudras!

LUIS TABOADA

La hora en punto.

La escena en un gabinete de relativa elegancia. Él es el primer actor y Ella es la primera dama.

y el reloj del gabinete las diez menos cuarto marca.

—Con que, ya lo sabes, nena: si no quieres, no me aguardas. Yo vendré probablemente muy tarde.

—Pero ¿te marchas?

—Sí, mujer, ¿no te lo dije?

—No me has dicho una palabra. —Pues no tengo más remedio, porque esta noche, sin falta, necesito dejar unas diligencias terminadas...

—¡Eso! ¡Y que yo me fastidie porque á tí te dé la gana, entre estas cuatro paredes eternamente encerrada!

—¡Pero, mujer!...

—¿Es mentira?

—No me quedo siempre en casa y te espero hasta que vuelves, aburrida y desvelada?

—¡Pues acuéstate!

—¡Imposible!

—¿Tú crees que yo tengo calma para dormirme tranquila sin saber lo que te pasa?

—¡Ya sé... que no... me agradeces mis cuidados... y... mis ansias!...

—¡La culpa... de todo... es mía!... —¡Vamos! ¡ya empiezan las lágrimas!

—¡Justo! ¡Y además disgustate porque lloré!...

—¡Yaya, yaya!

—No quiero que por mi culpa digas que eres una esclava y que te abandono siempre. ¿Qué deseas? ¿Que no salga?

—¿Que me quede aquí esta noche? ¡Pues me quedo y santas Páscuas!

Se sientan los dos muy serios; el tiempo en silencio pasa.

—¿Pero de veras tenías que hacer algo de importancia?

—Pues ¡figúrate! Un negocio en el cual se ventilaban varios miles de pesetas que debo cobrar mañana.

—Y si no vas ¿no las cobras?

—¡Claro está! ¿Qué he de cobrar!

—¡Ah! pues entonces no quiero que puedas caer en falta!

—No, mujer; después de todo ¡que se lo lleve la trampa!

—¡Eso no!... Toma el sombrero...

Te daré la otra corbata...

—¿No tienes pañuelo limpio?...

—Ven, que te peine esa barba...

Toma el pañuelo de seda y abrigate la garganta que tú estás muy delicado...

—Y no te apures si tardas, que yo me quedo contenta.

—Pero mujer...

—¡Nada, nada!

—Y ¿te vas a quedar sola?

—Tu recuerdo me acompaña.

—Puesto que tú lo deseas...

—No señor: soy quien lo manda; ¡y no te entrelengas!

—Bueno;

¡que conste que me quedaba!...

—Te acompaño hasta la puerta.

Adiós.

—Adiós... ¡maniático!

Él, fuera, en el descansillo y embobándose en la copa:

—¡Las diez! ¡En un tris que pierdo la pita con la de Eslava!

Ella, dentro, ante el espejo y empobándose la cara:

—¡Las diez! ¡Estará a estas horas echándose ya una siesta!...

FRASE HECHA

Tuvo Juan la desgracia de amar a una viuda encantadora de nuestra aristocracia; y la amó con la fe avasalladora y el ímpetu invencible, que tiene la pasión que nos devora si además de ser grande, es imposible; porque Juan era un pobre zapatero, sin otro capital el desdichado que el salario mezquino del obrero.

El oscuro cabello destrenzado, la mente sumergida en un mar de quimeras; en un blando sofá, medio tendida, haciendo resaltar de sus caderas el ánfora atrevida, estaba la viuda en su aposento, cuando escuchó que Juan, tímidamente, preguntó:—¿Puedo entrar?—Pasa al momento, dijo ella dulcemente; y Juan, emocionado, añadió balbuciente:—Aquí tiene, señora, su calzado. Ella entonces, cambiando de postura, le dijo con sonrisa retonzón:—Pruébamelo.—Y con esa travesura

que tiene la mujer que nace mala, sin el menor recato le abandona unos pies juguetones, deliciosos, rivales victoriosos de aquellos celebrados por Ayala.

El aire abrasador que respiramos cerca de la mujer que idolatramos; cuando estrechó los pies, la sacudida que le produjo el roce de la seda; su posición violenta, parecida a la del cisne de la hermosa Leda; todo causó en el pobre zapatero tan bruscas emociones, que dando rienda suelta a las pasiones que le agitaban, con empuje fiero exclamó con acento suplicante:—No puedo más; no puede ni un instante continuar ocultando el alma mía esta pasión profunda, delirante; sé que es una locura monstruosa pensar que usted me quiera; ¡pero es una locura tan hermosa amar a una mujer tan hechicera!

Lo mismo que al amianto no lo inflama la lengua palpitante de la llama, escuchó la viuda indiferente el lenguaje vehemente

de aquel pobre muchacho, y al terminar, con el mayor desprecio le dijo:—Eres un borracho ó eres algo peor; eres un necio.

Se irguió Juan, iracundo, por el dolor salvaje que le produjo tan horrible ultraje, y salvando, resuelto en un segundo, la distancia que media del tipo de sainete al de tragedia:—Ya que te has empeñado, la dijo, en conducirme a este camino, vas a ver cómo un hombre enamorado cuando se le escarrece, en un instante se vuelve un asesino.

Y después de una lucha repugnante, desesperada y muda, sujeto por el cuello a la viuda, a cuyos ojos el espanto asoma, ahogándola cruelmente lo mismo que el azor a la paloma,

Al preguntar el juez al delincuente qué motivo produjo su arrebato, le contestó con calma aterradora:—Porque andaba buscando la señora la horma de su zapato.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS

Los pájaros fritos.

(SIMBOLO)

Para Cécilia.

Creo que fué en una taberna de la calle de la Montera. Cenábamos de madrugada varios hidalgos, y como el mozo trajese una colmada fuente de pajarillos fritos, D. Mariano tomó uno en la mano, y dijo:—¡Vean vuestras mercedes un símbolo!

Alborotámonos los presentes, y él añadió, señalando el succulento montón de pájaros:—Esta es, señores míos, la cifra y compendio del honor castellano; esta la más cierta señal de las mudanzas y alteraciones de los tiempos.

Y paró un poco, con que los amigos, desatada por completo nuestra curiosidad, incitámonos vivamente a que pusiese luz en sus misteriosos conceptos. Hizolo él en sosegado discurso.

—Han de saber vuestras mercedes, dijo, que no acaece nada en la vida de que no podamos sacar útil y provechosa doctrina. Graves lecciones nos da a menudo la Providencia en las cosas más pequeñas y miserables, y propia condición de ánimos prudentes y valerosos es recibirlas y aceptarlas como buenas.

Así yo he considerado ahora en estas avecillas y en el gran número

de ellas que se come en las tabernas de Madrid; he considerado, digo, que bien pudieran representar nuestra ignominia.

Y para que vuestras mercedes no se escandalicen y alboroten, declararé brevemente mis palabras.

Cuenta Claudio Eliano en sus *Varias historias*, que hay una avecilla que se dice en latín *perfrion* y en castellano *calambón*; y esta avecilla ama tanto la pureza y lealtad de los casados, que criándose en sus casas como golondrina, si ve a la mujer quebrantar la fe que debe al marido, en entrando éste se ahorca, dando notable patente de la traición que le ha hecho su mujer.

Ahora yo consideraba que todos los pajarillos de las tabernas eran los ahorcados por las traiciones de nuestras mujeres; y que tanto han mudado los tiempos y tan a menos ha venido la fiera castellana, que, si antes matábamos a la infiel, ahora nos comemos tranquilamente las pruebas de la deshonor. ¡Miren vuestras mercedes el símbolo!

Y diciendo esto, el noble D. Mariano empezó a yantar con avidez de la apetitosa vianda.

J. MARTÍNEZ RUIZ

Verso y prosa.

I

Pues, señor, yo me casé, llena de entusiasmo y fe, con... mi marido, que ha sido un poeta distinguido de lo poco que se ve.

Y, la verdad, mi pasión tomó gran parte en el arte de la versificación, aunque no fué chica parte la que tomó el corazón.

Y aun cuando tengo sabido que siempre de las mujeres debilidades han sido pajarillos, alfileres, flores, versos y... marido,

yo en el número me hallaba de las menos ambiciosas, y mi deseo colmaba con lograr lo que lograba con las dos últimas cosas.

Un marido a quien amar; muchos versos que leer; sonetos para almorzar; quintillas para comer... y pare usted de contar.

II

Pues si no fué el mismo día de la boda, fué al siguiente, cuando ya noté que huía la soñada poesía de mi lado velozmente.

Y, feliz en mis amores como pocas lo habrán sido, me parecieron mejores que sonetos y que flores, alfileres y marido.

Oía llamarme hermosa en una prosa sencilla, tan rítmica y armoniosa, que sonaba aquella prosa como la mejor quintilla.

Diciéndome de pasada con voz dulce y regalada que es esta la verdadera, ¡la poesía casera de la perfecta casada!

Un nene que amamantar; un marido a quien querer; un cocido que espumar; calcetines que coser... y pare usted de contar.

ANTONIO MONTALBÁN

¡El ideal!

De ver a los esquimales llego, lector, del Retiro, y he de confesar que admiro sus costumbres patriarcales.

¡Qué concordia, qué armonía! ¡Ni un grito, ni un arrebato! ¡De haber llegado antes, Dato los suma a la mayoría!

Uno se entrega a la caza; otro a la pesca se entrega; éste descansa, aquél juega; todos acusan la raza.

La hembra es hermosa y garrida, capaz de encender pasiones, ¡pero gasta pantalones de piel de foca curtidal!

La mujer trajeada así no es fruta dulce y sabrosa, ¡está más apetitosa con pantalón *bombasí!*

Hay un cacique esquimal con aire de mal humor... ¡Parece un gobernador en época electoral!

Otro actúa de perrero, menejando un latiguillo, y escupe por el colmillo mientras se fuma un veguero.

Y es de ver cómo se ufana otro salvaje en el agua, convirtiendo su piragua en góndola veneciana.

Imperturbable navega sin temor al oleaje, y hace diez veces el viaje

sobre aquel río de pega.

Se hacen lenguas de la Corte, en su idioma ladrador, y encuentran esto... mejor que sus aldeas del Norte.

La gente dócil al giro de la moda, los visita. Hoy es el punto de cita de la *crème*, el Buen Retiro.

Se luce el último traje: se murmura, se hace un chiste, y además que siempre viste tratar de cerca a un salvaje.

Sin embargo, aún hay quien duda, y grita en ansias mortales: ¿Por qué si son esquimales no han comido carne cruda?

«¿Es por falsas conveniencias? ¿Es por manejos del clero? Yo estas cosas las prefiero con todas sus consecuencias».

En resumen, que es, lector, la exhibición atractiva, y que Madrid la cultiva, con verdadero furor.

Y no faltan por ahí, innovadores sociales que dicen: «Los esquimales? ¡Ay, si España fuera así!

Ellos viven sin rencillas, sin ministros indigestos, ¡y no les echan impuestos, ni les roban las cerillas!»

FLORETE

La Lunaritos.

En el Real, por ESTANSA BONILLA

¿Quién me dio la noticia? Un fiel amigo
Me hacía un gran favor...
G. A. BACQUERA.

Lo más distinguido de la *golfaria errante* se dió aquella noche cita en torno de la hoguera de la plaza de Pontejos. El *Busca*, el *Picazo*, *Quico*, el *Chepa* y otros que sería inútil nombrar, calentaban sus cuerpos en amor y compañía de varias notabilidades del bello sexo.

Allí llegó Manolo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el paquete de periódicos bajo el brazo.

—¡Recontra! no he vendido más que seis *Heraldos* y tres *Corres*. Vengo a esperar que se acaben los teatros, y a la salida despacho el resto.

—Cualquier día, si tuviera yo la combina que tú ties—murmuró el *Chepa*—me pasaba las noches berreando como un choto pa sacar dos riales.

—¡Pero... hay primógenos!—hizo notar una señorita del corro.

—Lo que hay son malas lenguas, que debían estar ardiendo en este fuego; digo yo. Quien esto decía era *Quico*, amigo de Manolo; el que varias veces le defendió de habladurías y murmuraciones.

—Pero, ¡si es verdad! Si éste es un primo alumbrado; y pa vivir es menester ser vivo. ¿Dónde voces el papel á última hora...?

—Y, dime—preguntó á Manolillo el *Busca*, con acento zumbón—¿qué hace ahora Pepilla, la *Lunaritos*, aquella que siempre iba contigo?

—Está sirviendo.

Sonó en el corro una carcajada, irritante y burlona, provocada por la respuesta de Manuel.

—No seas ménfis. Anoche la he visto salir de la cuarta de Apolo; llevaba un peinado á lo *Cleo de meró*, y unos pendientes de brillantes que tenían de empeño, lo menos, diez duros. Iba del brazo de un señorito con chistera, que la decía un porción de atrocidades.

—¡Mentira! ¡Ladrón, eso es mentira!

—Te lo aviso porque hay combina: si á ella la mantiene al pelo un señorito, ties la proporción de darte la primera vida. ¿No está sirviendo ella? Pues tú...



—¡Dios mio, la última de abono y aún no me he atrevido! En cambien el telón se lo digo, vaya si se lo digo!

La mujer, por TUR y NAVARRETE



EN ORIENTE



EN OCCIDENTE

No terminó el *Chepa*, porque las manos de Manolillo cayeron sobre su garganta como tenazas de hierro; rodaron ambos por el suelo dándose coces, mordiscos y punetazos, con gran regocijo de los demás.

Ocurriósele á *Quico* gritar ¡la pareja! y luego todos, incluso los combatientes, emprendieron rápida fuga, quedando aquel paraje desierto como por ensalmo.

II

No dormía, vagaba en ese mundo
en que cambiosa de furia a los objetos...
G. A. BACQUERA.

A las tres de la madrugada saltó Manolillo la verja que hay en la fachada principal de San José. Improvisan, los que no tienen mejor sitio dondè pasar la noche, dormitorio de aquellos huecos formados por las tres escalinatas que dan acceso al templo.

Hacia muchos meses que Manolo sacaba de la venta de periódicos bastante para cenar y costearse la cama; pero aquella noche no pudo trabajar. ¡Trabajar, después de la noticial...

Se tendió en un rinconcito, colocando el brazo derecho bajo la cabeza, para formar almohada, è hizo propósito de dormirse.

No sentía la helada de la noche, sino un frío más intenso que calando sus huesos llegabale hasta el corazón. Echóse la boina sobre los ojos para no ver el cielo...

—No; no puede ser verdad. El *Chepa* es una vibora. Yo he ido esta misma noche para ver salir la gente de la cuarta de Apolo y no la he hallado. Cuando vendía ella periódicos, pasamos apuros, pero ¿qué importaba, si eramos los dos? Como la propusieron aquella colocación en una casa honrada, hizo bien en quitarse de golfía.

¡No era cosa de oponerse por celos, á su porvenir! Si una mujer no se guarda, es inútil que la vigilen; y ella bien habia sabido defenderse á bofetada limpia de más de cuatro pillos que la hicieron proposiciones sucias.

¡Además, el cariño! ¿No vivieron siempre juntos desde que la madre de Pepilla le recogió á él cuando quedó huérfano? Pues por eso él se hizo cargo de la *Lunaritos* cuando la vió sola en el mundo, y depositó en ella todos sus afectos más tiernos, de padre, de hermano, de amante, de amigo. Disfrutaron las mismas alegrías y sufrieron los mismos trabajos y contrariedades; comían juntos y durmieron en el mismo lecho...

¡Imposible dormir! ¡Malditos recuerdos!

Ya era hora de recoger el papel de la mañana. De un salto traspuso Manolo la verja y marchó en dirección de la imprenta, no sin tomar antes en la taberna de la esquina media copa de lo fuerte.

La iglesia quedaba cerrada.

Siempre madruga más el vicio que la honradez.



MANOLILLO (Esbozo de Sancha).

Primero una mancha gris. Después, muy poco á poco, el naciente día va tonalizando con dudosa claridad celeste las anchas aceras y las fachadas llenas de rótulos. Bajan por la calle de la Montera los harrenderos provistos de palas y escobas, mientras otros funcionarios de la limpieza pública lanzan cataratas de sus mangas de riego sobre los encharcados adoquines de la Puerta del Sol.

Madrid al despertar se lava la cara... con agua sucia. Comienzan á descorrer algunas tiendas sus puertas de hierro, y á transitar los que madrugan y los que trasnocharon.

Luego una viejecilla instala su portátil cafetín y puesto de churros calientes frente á la «Cervecería de Candelas», otra en la esquina de la calle de Preciados. Todo el que tiene comercio prepara su mercancía; por esto Manolo, de rodillas en mitad de la acera, doblaba con prisa sus periódicos para comenzar el trabajo antes que ninguno.

De su tarea vino á distraerle una voz imperiosa: —Oye, gollo, busca coche para esta y para mí.

Levantó los ojos y vió á un señorito con la chistera encasquetada, ostentando en su cara todos los rasgos de la idiotez que la borrachera engendra.

Le acompañaba una mujer.

Manolillo lanzó un rugido de cólera al reconocerla.

¡Su Pepilla! ¡Su *Lunaritos*! Quedó mudo, atolondrado. Sintió ganas de herir y de llorar. ¿Llorar delante de ella? ¡No! Cobrarse en martirios todas las caricias, con mordiscos cada beso de amor....

Pasó la crisis.

—Mira lo que hago yo con esa que llevas—y levantando la cabeza de *Lunaritos* la escupió en la cara. A tí te desprecio—prosiguió luego pegándole un capirotazo en la chistera, que rodó por el suelo.

Intervinieron los guardias.

Ni siquiera le hizo falta al señorito presentar su tarjeta, pero al golfo, á Manolillo, le separaron de allí á pescozones.

—Anda para la prevención; pilló, tímador, granuja.

—¡El *Liberal*! ¡El *País*!—voceaba *Quico* frente al *Café Universal*.

Manolo al verle, gritó con todas sus fuerzas: —Encárgate de mi papel.

Limpio luego con el dorso de la mano una lágrima, y volviéndose hacia los guardias, exclamó con desprecio olímpico:

—Siempre sois lo mismo. ¡Bueno, hombres, vamos allá!

ALBERTO LOZANO

Apuntes.

Señora, aunque del sexo femenino soy un admirador asaz ferviente, para que no me juzgue un libertino, debo manifestarla lo siguiente:

Bien puede la virtud, aun siendo objeto de las más seductoras perfecciones, asegurar que está de este sujeto tan libre como el cielo de ladrones. Yo, aunque jovial, alegre y divertido, jamás he mancillado un apellido.

EUSTAQUIO CABEZÓN

«In fraganti», por MEDINA VERA



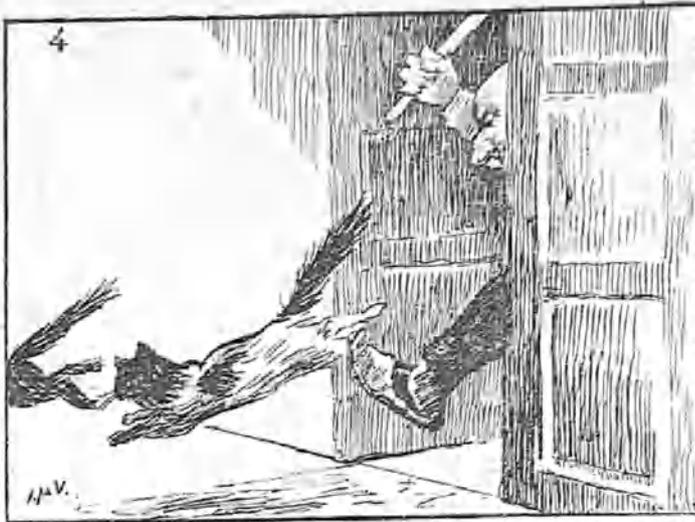
—¡Cielos, qué veo!



—¡Infames! ¡Ahora váis á saber quién es D. León de la Hiena!...



—Y os aseguro que mi venganza ha de correr pareja con vuestra criminal acción.



—¡Fuera de aquí, átomos viles!...

Según y conforme.

¡ Un hombre que observa mucho,
mi amigo don Nicanor,
sostiene que los poetas,
aun con el soplo de Dios,
si han de dar á sus trabajos
la necesaria expresión,
deben sentir lo que escriben,
cuanto más hondo mejor.

Nadie escribirá poemas
á las plantas del Mogol,
ni al violín de Sarasate,
ni á las ostras de Arcachón,
con más fe y con más acierto
que el que aquellas plantas vió,
si oyó tocar al artista
pamplonés, ó el buen sabor
del marisco mencionado
con frecuencia disfrutó.

Esto, al parecer, no tiene
vuelta de hoja, no, señor.

Dice mi amigo que el que ama
con verdadera pasión
tiene mucho adelantado
para hablar bien del amor.

No hay quien describa los bailes
de la gente *comm'il faut*
como el que todas las noches
va de salón en salón.

Si, por ejemplo, se trata
de describir el dolor
que la pérdida de un hijo
produce en el corazón
¿quién mejor podrá hablar de ello,
que el que lo experimentó?

Es esto tan evidente
que lo entiende un caracol,

y yo durante algún tiempo
fui de la misma opinión
que mi amigo y con fe ciega
creí lo que él afirmó.

Mas un día, por capricho,
quise hacer la descripción
de un fuerte dolor de muelas;
pero me dije: — «Ahora no;
cuando me duelan. Entonces,
según mi Don Nicanor,
podré imprimir á la idea
la necesaria expresión».

Al poco tiempo, en la boca
sentí una molestia atroz
Agarré pluma y cuartillas
y dije: — ¡Buena ocasión!
¡Ahora me van á salir
unos versos de mistól!»

Y entre enjuagues y quejidos
que inspiraban compasión,
quise expresar... ¡pero sil
jun demonio expresé yol

¿Sabéis lo que hice? Tirar
la pluma por el balcón,
y si no me eché á la calle
yo también, fué por temor
á romperme alguna cosa
ó á mancharme el pantalón;

pero quedé meditando
(pese al tal don Nicanor)
que no siempre los poetas,
aún con el soplo de Dios,
si han de dar á sus trabajos
la necesaria expresión

deben sentir lo que escriben,
cuanto más hondo mejor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Pálique.

Yo no tengo la culpa si hay temporadas en que apenas se puede hablar mal de nadie.

Yo no soy un fiscal de esos que todo lo ven de color de presidio y creen que sólo cumplen con su misión descubriendo en todo el mundo el *atavismo* de que habla el fiscal de *Resurrección*, de Tolstoi.

Yo no soy fiscal; soy juez; de entrada, pero juez; y aunque sé que resulta uno muy soso cuando no *pega*, prefiero ser justo, aunque sin sal.

Para salados, los jueces que suele enviar Pidal á Asturias. Había uno, en Oviedo, que decía que él no juzgaba por el Código, sino por un *manual* que tenía en su casa.

Es decir, que así como ahora los estudiantes pueden escoger el texto, gracias á Pidal hijo, aquel juez escogía la ley que quería, gracias á Pidal padre.

Pero, dejemos estas tristezas, y hablemos de...

Alegrias.
Así se llama un libro de versos, sin póstico ni marquesina, que acaba de publicar Carlos Luis de Cuenca.

El cual es un desagradecido. Porque el público le busca, le celebra las gracias, y él, hurtaño, escribe sólo muy de tarde en tarde versos llenos de chiste, ¡del santo chistel, y en el interin, del difunto Cánovas, no hace más que... «nuestros grabados», quiero decir, los de *La Ilustración*.

Porque Carlos Luis de Cuenca, á quien yo quisiera ver otra vez en MADRID CÓMICO, es de los escritores festivos, y *en verso*, que más valen. Y no es poco decir; porque en ese ramo tenemos cosa superior, á Dios gracias; y todo español de veras.

Buen sentido, buen gusto, buen oído, buen estilo, buena intención y buena malicia; todo eso y más se ve en los versos siempre originales, graciosos, nuevos de Cuenca.

Lean ustedes, por ejemplo, *El Numen*, y á ver si no matan al primer *modernista* que vean por la calle.

Antonio de Valbuena, en el siglo; y en, con, por, sin, *de y sobre* la Academia Miguel Escalada; y para los poetas ripio-bubónicos Venancio González, no sólo es un buen crítico de *permenores*, como dicen desdefiosamente algunos tontos *al por mayor*, sino que es, además, un buen novelista, como lo demuestran sus *Novelas menores*, *Capullos de novela*, y ahora *Agua turbia*, que acaba de publicarse.

Yo prescindo de sus ideas, que no son, ni con mucho, las mías, en infinitas cosas; pero no puedo prescindir de su talento, que es notorio, aunque él sea carlista ó lo que sea.

Aparte de otras condiciones muy recomendables, *Agua turbia*, como otros libros del mismo género, de Valbuena, tiene el mérito de estar escrito en verdadero castellano, correcto y sencillo. Y, créame el lector, la constante lectura de periódicos mal escritos y de libros no mucho más castizos, lectura á que todos nos vemos obligados, hace que sean triaca muy provechosa estas novelas de Valbuena, donde se nos sirve el castellano *visto ordeñar*, como si dijéramos.

Ya no me parece á mí tan propio, correcto y castizo esto que leo sobre la cubierta de otro libro que acabo de recibir:

RECONSTITUCION

Y EUROPEIZACION

DE ESPAÑA

PROGRAMA PARA UN PARTIDO NACIONAL

Falicala

el «Director» de la

LIGA NACIONAL DE PRODUCTORES

No creo yo en estos reconstituyentes; y la emulsión Paraiso-Costa, la juzgo muy inferior á la de Scott.

España no necesita que la *europelizada*, y en todo caso, no se curan las heridas nacionales, que todavía echan sangre, con palabras sexquipedales... que no se pueden pronunciar.

Más modesto, sin pretender salvar al país en un periquete, ni ofrecer *mil pesetas al que presente mejor sándalo para europelizar* y reconstituir á España, el conocido y muy ilustrado y un poco neo, publicista D. Damián Isern, nos ofrece un libro titulado: «*Del desastre nacional*», escrito á conciencia, con muchos datos y criterio bastante sereno é imparcial. El Sr. Isern persigue ideales muy diferentes de los míos, pero no por eso he de desconocer su simpática tendencia á la imparcialidad en la tolerancia y al estudio documentado y extenso, que no da por sabido y condenado cuanto se dice y escribe en el nefando *campo liberal*.

Este criterio de intransigencia que llega hasta á no querer enterarse directamente de lo que dicen los *relapsos*, es el común entre los reaccionarios españoles. Pero, por hoy, el Sr. Isern parece libre de tan feo pecado. De un pecado tan *Prishon*.

El acontecimiento exterior de más importancia, estos días, es el estreno de *L'Aiglon*, que no hay más remedio que traducir por el *aguilucio*, si se quiere traducir bien. Todavía no conozco la obra y no puedo juzgarla.

Pero, si diré, que creo en el gran talento poético y dramático de Rostand; que quien escribió el *Gygnis*, (que hay que leer en francés, por supuesto), es capaz de merecer el gran entusiasmo conque, casi por unanimidad, ha sido acogido *L'Aiglon*.

Digo casi, porque á Faquet no le gusta. La malicia ya empieza á calcular la parte que en el buen éxito habrá podido tener la patriotería francesa.

No hay que confundir, señores. No se lleve *L'Aiglon* al terreno del *dreifusismo*. Derouledé, patrioter, es un poeta muy mediano; Rostand, muy poeta, puede haber escrito otro drama excelente *onqué* en él muchos versos hermosos puedan entusiasmar á los patriotas. Rostand no tiene la culpa de Derouledé, como Moisés no tiene la culpa de Carulla.

CLARÍN

«Blanco y Negro».

Este popular y elegante semanario inauguró el miércoles a las tres de la tarde, la Exposición de planas en color, que constituye el primer certamen artístico de tan simpática revista.

La reina regente, la princesa de Asturias y las infantas Isabel y María Teresa, asistieron a tan brillante acto y recorrieron las espléndidas dependencias de *Blanco y Negro*, acompañadas por el director del semanario, Sr. Luca de Tena y los redactores José de Roure, Xaudaró, Méndez Bringa, Estevan, Romea y Gabaldón (tan Luis el uno como el otro).

Aparte de los trabajos presentados en el certamen—algunos notabilísimos—llamaron mucho la atención, el cuello de camisa de Roure—¡eche usted tela!,—la levita de Felipe Pérez—¡aquí sí que falta tela!—y el placido rostro de Gabaldón, que demandaba a voz en cuello—y no de Roure—la experta navaja de hábil *raurador*.

Bromas a un lado, el acto resultó brillantísimo y por ello merecen bien del arte y muchas felicitaciones el ilustrado director de *Blanco y Negro* y los ingeniosos redactores del colega.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

PLEGADERA.—*Orgía*, no es de la índole del periódico. No se encuentra la nota cómica por ninguna parte.

I. R.—*Sevilla*.—Epigramas dedicados a D. Amós Salvador! Ni Amós puede llegar a más, ni usted a menos.

EL VERDADERO ZARAGOZANO.—Esas composiciones pequeñas entran de relleno para facilitar el ajuste. A Vital y Sinesio se les coloca muchas veces en lugares análogos. Con que no se queje usted.

E. M.—*Madrid*.—No sirve. Eso no es venirse con *malagueñas*; es venirse con *alcantinas*.

QUINTIN QUINTANA.—Tiene usted razón. Están admitidas y hasta creo que compuestas. Se publicarán muy pronto.

V. L. DEL P.—*Valladolid*.—Le ruego que no vuelva a escribirme ni a mandarme nada. Es usted más pesado que el arropo manchego.

PEPE PIPO.—No, señor, no sirve su artículo.

I. F.—*Madrid*.—Lo mismo digo de sus cantares.

CARCUNDA.—*Vigo*.—Y lo mismo de ese desatino que envía usted.

S. M. T.—*Orense*.

Ni en *Vigo*, ni en *Santa Fe*
ni en *Gracia* ni en *Stambul*
se encontrará un ahedú
como usted.

A. R. M.—Están bien todos sus trabajos, pero no los publico porque... porque... porque no tienen *ángel*. ¿Entiende usted?

R. DE Z.—*Madrid*.—Con mucho gusto y honrándonos con su firma, pero le ruego envíe otra cosa *no política*, porque aborrezco a *esos señores* con mis cinco sentidos.

M. H. L.—*Pitorreo* en vez de *Guitarreo* debía usted titular esas simplezas.

R. G. H.—*Granada*.—No puede ser. Pica un poco.

R. B. B.—*Madrid*.—Admitido todo y a mandar, compañero.

ROSAURA.—*Colatayud*.—Usted debe ser prima hermana de la Dolores, por... eso.

M. C. O.—Es usted más bruto que el canto de una mesita de noche. Y además un viejo verderón.

UN ASPIRANTE A POETA.—Se publicará.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO

No contienen calmantes nocivos.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
Caja, una peseta.

DR. GARRIDO

Para curarse del estómago, *Luna, 6*. Todo lo demás es perder el tiempo. Y para comprar específicos y recetas, *Luna, 6*. Estas se venden despachadas y al menor precio razonablemente posible. Y aquellos a precio de almacén o por mayor. Ej.: *Vino Vial*, 4,50. El autor y otras boticas, 6. Y así de todos, por lo que los *despiertos* compran aquí. A provincias por correo, y en Madrid a domicilio.

Teléfono 111.—*Luna, 6*.

CANTAR POPULAR

Para jardines, Valencia; y para buenas camisas
Madrid para divertirse, las de casa de MARTÍNEZ.

2 - SAN SEBASTIÁN - 2

SERVICIOS
FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO
205

BERNABÉ MAYOR

8, ESPARTEROS, 8

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL

Perfumería de Echeandía,

2, ARENAL, 2

LORENZO PÉREZ, Sastre

Antiguo cortador de la casa *Munsuri*, *Montera, 8*, entresuelo. Uniformes civiles y militares.—Libreas.—Abrigos de señora.

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composturas, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

LA VIÑA P. P. W.

NUOVO COLMADO AL ESTILO DE SEVILLA Y CÁDIZ

Especialidad en mariscos.—Pescados fritos, calientes a todas horas.—Vinos y licores de las mejores marcas.—Habitaciones cómodas e independientes.

Ablerto toda la noche. VISITACION, 7. Hay entrada por el portal,

PERLA ESTOMACAL

estómago e intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu.

de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del

